CUADERNOS
historia 16

Tercer mundo y petróleo

Enrique Ruiz García

97

Entrega n.º 97 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado al Tercer mundo y el petróleo.

Enrique Ruiz García

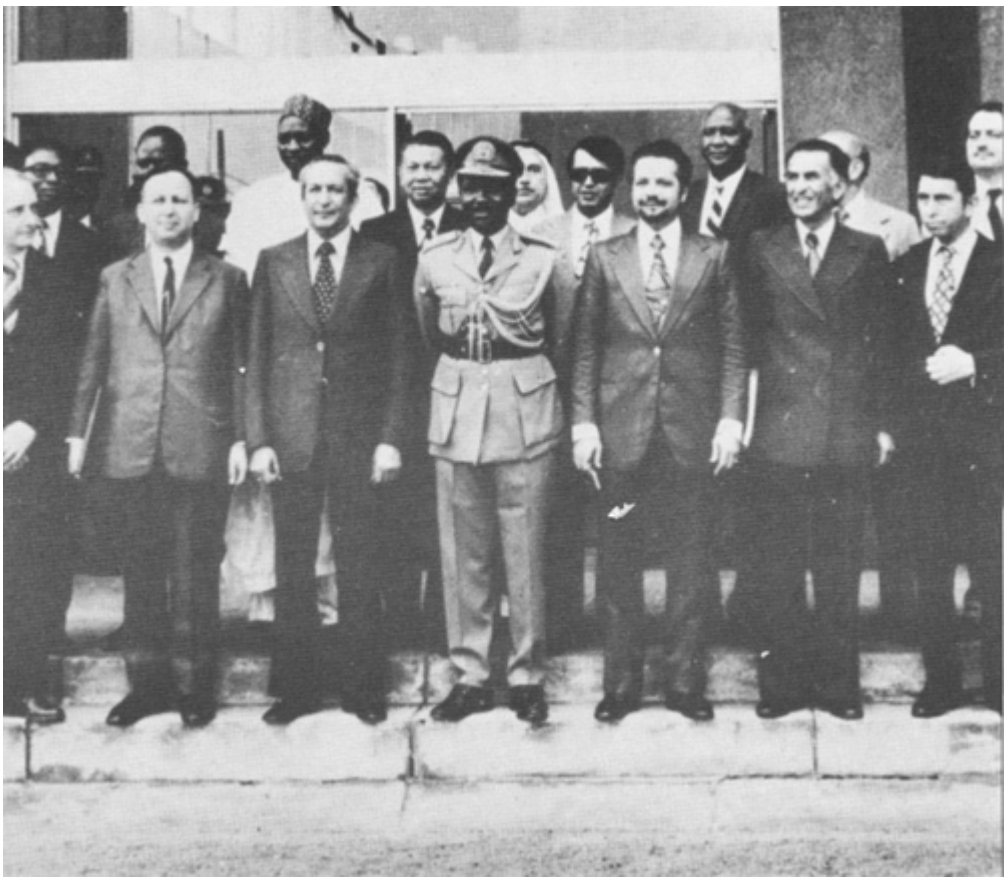
Tercer mundo y petróleo

Cuadernos Historia 16 - 097

ePub r1.0
Titivillus 10.11.2021

Título original: *Tercer mundo y petróleo*
Enrique Ruiz García, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Reunión de ministros de la OPEP en Lagos (Nigeria). El alza de los precios del petróleo ha convertido a los países exportadores de crudos en protagonistas de la economía mundial.

Indice

Tercer mundo y petróleo
Por Enrique Ruiz García
Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM, México.

Bibliografía

Tercer mundo y petróleo

Por Enrique Ruiz García

Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y UNAM, México

EN 1956, un grupo de intelectuales franceses, teóricamente reunidos en torno a Alfred Sauvy, inventaron el término *Tiers Monde*. Muchos años después uno de los miembros de ese grupo —el profesor de Sociología de la Sorbona Georges Balandier— resumía el éxito y el fracaso de la denominación con estas palabras:

Ese término lo empleamos entonces en una obra sobre demografía. Pero el enorme éxito de esa noción ha llevado consigo muchos errores. En efecto, al emplearla pensábamos en el Tercer Estado. Sin embargo, en inglés esta referencia no existe en modo alguno y mucha gente ha pensado en una clasificación, en una manera de dar un número (a esa clasificación), cosa que no estaba en nuestra mente…

El punto de partida, en efecto, de Alfred Sauvy, Balandier y otros más consistía en equiparar, como hipótesis dialéctica de trabajo, el papel del Tercer Estado en la Revolución francesa y la situación material y cultural de los pueblos coloniales o descolonizados, que entraban en la historia y parecían subrayar, con su presencia, un cambio radical en las relaciones entre las naciones: como el Tercer Estado lo determinara entre los estamentos sociales —nobleza, clero y Tercer Estado— del Antiguo Régimen.

Una imagen —en el sentido global del término— *funcionaba* literariamente en la denominación: la famosa interrogación (con su

respuesta) de Emmanuel-Joseph Sieyès (el *abbé Sieyès*) en el curso de los debates que precedieron a la destrucción del Anclen Régime:

—*¿Qué es el Tercer Estado?*

—*Nada.*

—*¿Qué aspira a ser?*

—*Todo.*

Pero el Tercer Estado era un grupo social en ascenso —homogéneo políticamente, aunque no por su origen de clase que totalizaba un comportamiento sociológico. La equivalencia Tercer Estado y Tercer Mundo es falsa y peligrosamente generalizadora.

En efecto, las naciones que han logrado la independencia y constituyen hoy el Tercer Mundo *no son*, sociológicamente, clases homogéneas políticamente en lucha, totalizadamente, contra los *estamentos*, por decirlo así, externos: es decir, los imperialismos y las potencias económicas dominantes. *Son, de mejor suerte, clases contra clases en el interior mismo del Nuevo Régimen*.

Más aún: en el Tercer Mundo (cosa que no fue en el Tercer Estado) los intereses de grandes núcleos de la población están vinculados, materialmente, a los intereses de los grupos dominantes externos. Esa Situación real, inequívoca, ha hecho posible un doble lenguaje en el Tercer Mundo: el lenguaje metademagógico de la condena del Primer Mundo y un permanente acuerdo, subyacente, de sus clases dirigentes con él. Esa realidad, indisputable, es una realidad explosiva. Moral y materialmente.

Por si ese mecanismo dialéctico de ambigüedad y confusión ideológica y semántica fuese poco, el 10 de abril de 1974, en las Naciones Unidas, el actual demiurgo de China *hacia la economía de mercado socialista*, Deng Xiaoping, presentó, en un discurso ante la Asamblea General —todavía Mao Tse-tung estaba vivo, lo que añade equivocidad a la nueva *Weltanschauung*—, la Teoría de los Tres Mundos.

EL PROXIMO ORIENTE, 1967-1981
TURQUIA
Urfa
Iskanderun
1974
CHIPRE
Alepo
Homs
SIRIA
Beirut
LIBANO
1975
Sidón
Damasco
Haifa
1967-1973
ISRAEL
Jerusalén
Amman
1967
JORDANIA
1970
SINAI
1967-1973
1961-70
Mosul
Kirkuk
IRAQ
1968
An Najaf
Bagdad
Kermanshah
1980
Basora
Abadán
KUWAIT
Kuwait
Resht
Teherán
Isfahán
IRAN
Kerman
Shiraz
1979
GOLFO
PERSICO
Bandar Abbas
Dahran
BAHREIN
QATAR
(Indep., 1971)
EMIRATOS
ARABES
UNIDOS
(Indep., 1971)
Dubai
Abu Dhabi
Hufuf
ARABIA
SAUDITA
Medina
Riyad
Yidda
La Meca
Taif
EGIPTO
MAR
ROJO
SUDAN
1969
Port Sudán
RUB AL KHALI
Mascate
Nazwah
OMAN
1964-75
DHOFAR
Mirbat
YEMEN DEL SUR
HADRAMAUT
OCEANO INDICO
1967-1974
Sana
YEMEN
1972-1979
(1967, repúbl. popul.)
1978
Madinat As Shaab
Adén
1973
Asmara
ERITREA
Aksun
ETIOPIA
1974-1977
Asab
DJIBUTI
(Indep., 1977)
1977-78
GOLFO DE ADEN
Berbera
SOMALIA
1969
SOCOTORA
Campos petrolíferos
Oleoductos
Guerras entre Estados
Guerras civiles y movimientos de liberación
Golpes de Estado y cambios de régimen
Territorios ocupados por Israel en 1967
© L'ORIENTE

Según Deng, que hablaba entonces sobre el problema de las materias pumas, el *primer mundo* está compuesto por las dos grandes superpotencias, que tienden a dominar a todas las demás. De las dos superpotencias, la que enarbola la bandera del socialismo le parecía a Deng más peligrosa que Estados Unidos. El *segundo mundo*, en esa teoría, está conformado por las potencias industrializadas, y *el tercero*, añadía, es el que se conoce como Tercer Mundo.

Esta tesis suponía una ruptura violenta, y no sólo epistemológica, con el planteamiento anterior de China sobre *los cuatro mundos*. Todavía cuando China ingresó en las Naciones Unidas, en 1971, mantenía una interpretación de la lucha de clases internacionales bajo el signo de *los cuatro y no de los tres mundos*.

La globalización previa presuponía que el *primer mundo* estaba compuesto, ciertamente, por las dos superpotencias (pero rompía con la generalización mecánica de la *guerra fría*, que amparaba la idea de una contradicción única y formalizada *entre el capitalismo y el socialismo*); *el segundo* lo estructuraban China y los países que compartían su versión marxista-leninista de las contradicciones mundiales. *Eliminaban de ese componente a los países socialistas de Europa oriental, que, según China, estaban reducidos a la dependencia a la URSS bajo el manto de una pretendida comunidad. El tercer mundo, paradójicamente, lo formaban los países industrializados, y el cuarto las formaciones sociales en vías de desarrollo*.

Es patente que la segunda versión —teoría de los tres mundos— arrancaba de la necesidad china de *incorporarse*, por otro camino, a una realidad internacional donde el Tercer Mundo, al cual se une China a partir de 1974, tenía una valoración distinta. Pero es objetable la creencia, o por lo menos difícilmente aceptable como *praxis*, de que los países industrializados puedan plantearse *una alianza de clases con el Tercer Mundo frente a las dos superpotencias; una de las cuales, además, según China, es el enemigo principal: la URSS*.

Ni la teoría de Alfred Sauvy —por tomar el nombre motor del grupo— sobre la equivalencia entre el Tercer Estado y el Tercer Mundo, ni la teoría de Deng Xiaoping sobre los tres mundos constituyen, coherentemente, una interpretación absolutamente válida. El problema, no obstante, existía y existe. Por otra parte, la connotación ideológica y política conllevaba otra simplificación que no es enteramente cierta: la suposición de una confrontación mecánica del Tercer Mundo (cuando ya se reconoce, *en cuanto a indicadores de pobreza total*, la existencia de un *cuarto mundo*), que aglomera a las formaciones sociales periféricas frente a las formaciones sociales centrales del capitalismo.

Como bien se sabe, la URSS se niega a asumir ninguno de los pillajes y exacciones del imperialismo y el capitalismo respecto a las formaciones sociales periféricas. De todas maneras es difícilmente soslayable lo real: que los intereses de la URSS como potencia, si realmente chocan con los del capitalismo altamente desarrollado, también coinciden con ese mismo capitalismo altamente industrializado en sus aspiraciones planetarias.

A la hora de la revolución energética, la URSS ha diseñado, por ejemplo, una estrategia de intercambios —oleoductos, gaseoductos, etcétera— que la integran en la dialéctica económica de la competitividad del desarrollo y no sólo de la competitividad ideológica. Esta se ha circunscrito a la esloganización del texto, pero pasando sobre la teoría y, por tanto, sobre la esencia misma del discurso. Este se ha mineralizado en el *slogan*.

El nacimiento del Tercer Mundo

Tres hombres —que no son los del grupo de sociólogos y demógrafos reunidos en torno a Alfred Sauvy— han inventado el Tercer Mundo —permítaseme decirlo así— *desde la realidad como hipótesis de lo imaginario: Jawaharlal Nehru, el mariscal Tito y Gamal Abdel Nasser*.

Sus contradicciones eran explícitas, esto es, correspondían a tres tipos de civilizaciones y a tres probabilidades de combate. Las civilizaciones eran claras: *el hinduismo como ingrediente gandhiano de la independencia; el islamismo como núcleo revolucionario del nacionalismo oriental y africano: el europeísmo revolucionario del nacionalismo yugoslavo, escindido, desde la práctica, de la Revolución personalizada y aniquilada por Stalin*.

Mao y Chu En-lai en la época de la proclamación de la República Popular China.

Teng Shiao-ping.

Es cierto que esos tres hombres no están presentes, al tiempo, en el *primer estallido* del Tercer Mundo. El *primer estallido* del Tercer Mundo —hecho que movilizaría en Francia y *en el París de la Sorbona* a los continuadores del abate Sieyès— ocurrió en Bandung en 1955.

En ese año, entre el 18 y el 24 de abril, 29 Estados asiáticos y africanos se reunieron en la ciudad de Bandung (Indonesia) para definir las bases de un acuerdo común. Tres asiáticos y un africano dominaron, con su personalidad los debates: Nehru, de la India Chu En-lai, de China; Sukarno, de Indonesia, y Nasser, de África.

Por vez primera en la historia, los dos continentes que habían generado las más antiguas civilizaciones y que eran, también, los continentes —dos hechos ineludibles en el tiempo— más explotados por el colonialismo emergieron como *un proyecto y un desafío*.

Los diez principios de Bandung planteaban, como fundamentación global, la era de la emancipación y la igualdad entre las naciones y las razas. En el comunicado final se pedía, además, la creación de un Fondo de las Naciones Unidas para acrecentar el desarrollo económico.

Después de la Conferencia de Bandung la descolonización se transformó en un proceso irresistible. El liderazgo de Nehru y Nasser, por ejemplo, parecía incontestable. Al igual que la expansión de las luchas nacionales por la recuperación de la soberanía parecía, sin más, irreversible. Sobre todo después de la aceptación, por parte de Francia (1954), de la independencia de Indochina. *Representantes de los ejércitos populares en rebelión de Argelia, Chipre, Malawi, Túnez, Costa de Oro y Namibia estuvieron presentes en Bandung no como Estados, pero sí como formas abiertas de presencia popular insurgente*.

Bandung terminó sin que se comprendiera bien, como asunción de la totalidad, que aquella conferencia representaba un momento decisivo de la vida contemporánea. En ese sentido, acaso, la referencia a Sieyès tenía una significación:

—*¿Qué es el Tercer Estado?*

—*Nada.*

—*¿Qué quiere ser?*

—*Todo.*

Demasiado, ciertamente, pero planteaba, cuando menos, un inmenso cuestionario: *el de la descolonización y la transferencia de la soberanía a los nuevos pueblos*. Antes de separarse, Nasser y Nehru se comprometieron a verse de nuevo para reflexionar juntos sobre esos temas. África y Asia mesurando, pues, las nuevas circunstancias del mundo.

Nasser tenía, en 1955, treinta y siete años: Nehru, sesenta y seis. El primero pertenecía a una clase humilde de desconocidos labriegos del desierto. El padre era un pequeño funcionario de Correos en un pueblo perdido. El hijo no tuvo ante sí, como salida, nada más que el Ejército. Era el único segmento social donde la porosidad social permitía el ascenso. La carne de cañón, barata, se abriría, un día, hacia la toma de conciencia.

Nehru, al contrario, pertenecía a la casta superior, a la brahmánica. Su familia formaba parte, desde Cachemira, de un cuadro social privilegiado. Cuando esa familia asumió el liderazgo

de la independencia —con Gandhi delante de todos llevando a Indira, en juego, sobre sus rodillas—, todos los Nehru eran parte de la mitología. No le impidió vivir a Nehru, durante catorce años, en la cárcel. No le imposibilitó para llevar, sobre la túnica, aquella rosa roja, imperturbable. Sus compañeros de la cárcel decían que soñaba en inglés. El inglés de las universidades de Oxford. Nasser tenía el inglés de los cuarteles. Los dos supieron que eran iguales y distintos.

Pasaron seis años antes de que la existencia reuniera a los tres líderes naturales del Tercer Mundo. El tercero fue el mariscal Tito. Personaje —dice Milovan Djilas en *Tito, mon ami, mon ennemi—, sin ningún talento, Tito no tuvo nada más que una dimensión: la política*.

Fahd ibn Abdel-Aziz, actual soberano de Arabia Saudita.

Me parece demasiado simplista, demasiado literaturalizado el esquema para ser cierto. Cuando yo hablé con Tito, en su residencia de Belgrado, sus brillantes ojos azules no eran sólo los ojos del *Zoon Politikon*. Tenía una avidez de saber casi fascinante. Los animales políticos de que habla Milovan Djilas no pueden ni saber ni ser. Los conozco.

El primero, Nehru, era un aristócrata: el segundo, Nasser, el hijo de un hombre de la fracción más reptante de la clase media: el tercero, un obrero industrial cargado, al final, de oropeles y uniformes que había forjado, paradójicamente, en una guerra popular contra los nazis y en una guerra popular contra Stalin.

Nehru venía de una civilización religiosa fundada en *los dioses*: Nasser provenía de un segmento militar de una religión monoteísta —el Islam— que aspiraba a la universalidad de la conciencia: Tito, un europeo de Oriente, era el único que transportaba consigo la última iglesia secularizada del mundo occidental: el comunismo y sus déspotas. Él era el eslabón indispensable a las otras dos civilizaciones auténticamente religiosas.

Los tres representaban, en última instancia, la inutilidad del saber, porque dependían de iglesias reveladas. El profeta último, barbado y arcaico —Marx— se inyectaba en el hinduismo y el islamismo a través, de un lado, del hiatus, del judaísmo y de la profecía de la sociedad sin clases.

Por ello mismo se sintieron, entre sí, fascinados. Nehru, dijo un colaborador inmediato a Nasser —Mohamed Hasanein Heikal—, no tuvo por el *faraón* egipcio, al principio, nada más que un interés estratégico…

Esa era la cúpula del edificio. Debajo estaba un tejado sociológico que sólo el Tercer Mundo, aún, produce y que es, a la vez, exaltante y destructor: la vocación trágica y fatalista de lo religioso y la vocación revolucionaria sin la experiencia democrático-burguesa. El brahman Nehru, hindú, había nacido en una ciudad penetrada por el ideario musulmán: *Ahmedabad*. Tito, después, miraría a Nehru y se volvería a sus colaboradores para susurrarles:

—*Con Nehru toda conversación se remonta al Diluvio…*

Mezquita en una ciudad de Arabia Saudita.

Nasser y Nehru, cierto, combatían por el futuro, pero estaban profundizados, ideológicamente, por la trama religiosa de la trascendencia. Pasado y porvenir jugaban, con Mircea Eliade, una partida inacabable: todo era, cierto, el Diluvio. Todavía es. Sin embargo, lo que admiraba Nasser en Nehru era, curiosamente, su inteligencia racional: *su capacidad para convertir el Diluvio* —parafraseando a Tito— *en diálogo del presente absoluto*.

Yo tuve esa misma impresión ante Nehru, pero más compleja. Me había citado, en New Delhi, en su despacho del Parlamento. Como tenía tiempo fui antes a ver la sesión de la Cámara. Desde arriba le veía moverse con una gracia, a la vez, femenina y felina. Morada la túnica, roja la rosa: pequeña la estatura y un cráneo grande, acaso desproporcionado. Cuando dejó su escaño me levanté para dirigirme a su despacho. Llegó, puntual, británico, a la cita. Ni un segundo antes ni después. Se instaló su risa, entonces, en el bronce de la magnífica cabeza. En la enorme mesa del despacho —aún puedo verla— no había un solo papel. Sólo una

piedra negra, brillante, solitaria. ¿Una piedra de dónde? Parecía un aerolito que hubiera caído de los cielos.

Nehru y Nasser se vieron, por vez primera antes de Bandung, el 15 de febrero de 1955. En El Cairo. Viajaron por el Nito durante cuatro horas. Después de comer, sobre la fascinación del lecho milenario del río, Nasser, el soldado, quiso reiniciar las conversaciones. La mano de Nehru se levantó, suave:

—*No, hay que dejarme tomar una siesta…*

China era, entonces, una incógnita: la incógnita de los *cuatro mundos*. Nehru, puntualizando, con su inglés irónico —su libro *Discovery of India* posee una potencia insospechada porque el lenguaje es su esencia—, le decía a Nasser:

—*China es como el Himalaya. Nadie podría decir que el Himalaya no existe en Asia.*

Cuando se encontraron con Tito —el otro extremo de la historia social de la crisis—, Nehru y Nasser eran ya amigos. El inglés les permitía una aproximación inmediata que, además, les obligaba a formalizaciones conceptuales fundadas en la racionalidad. Un idioma es un arma. Les separaba la edad, pero les unía el vínculo que posibilita la edad: el vínculo filial. *Nehru* —dice Heikal— *aconsejaba, sostenía y, alguna vez, reprendía a Nasser…*

Nasser y Tito se conocieron, también, en febrero de 1955. El mariscal atracó su yate —el *Seagull*— en tierra egipcia. Fue un encuentro difícil. Al Tercer Mundo histórico le costaba trabajo integrar a un europeo de Oriente que, pese a sus dos batallas históricas, pertenecía a otro mundo. Dos uniformes en los ritos: el de mariscal —surgido en las guerrillas populares— y el de coronel de los Oficiales Libres. Su visión del mundo era muy diferente. Su interpretación del histórico fenómeno de Yalta, muy distinta.

En 1956, Tito —anfitrión—, Nasser y Nehru se encontraron en Brioni, Yugoslavia. De los tres sólo Tito se empeñaba en decir que era un *encuentro histórico*. Nehru, lúcido, pero siempre subjetivo, había dicho en el aeropuerto de Pota, al llegar, que *iba a ser un encuentro entre amigos; no una conferencia trascendente*.

En Brioni —espacio natural majestuoso— hubo un tema natural: la URSS de Kruschev. Tito, vencedor de Stalin, había recibido el homenaje de los sucesores del heredero-contrincante de Lenin —no puede olvidarse el testamento de éste anticipando la brutalidad estaliniana— y, por ello, estuvo presente en el congreso de la desestalinización. Las conversaciones fueron apasionantes. Allí se generó, en sustancia, *la tercera vía: el no alineamiento*.

En Yugoslavia, la revolución vencedora se vestía de *smoking*. Nasser le confesó a Tito que era la primera vez que se ponía esa prenda, porque se veía a si mismo, le añadió, *como un mono. Le ruego que no me hagan una sola fotografía*. No la hubo. *Nunca más se puso Nasser el uniforme de las élites occidentales en la casa del obrero de la revolución. Nunca más en ningún sitio*. Nasser, a quien sublevaba el protocolo yugoslavo, se sintió feliz una noche en que Tito cantó con sus soldados. *Entonces* —dijo— *recordé al guerrillero*. Terminó estimándole, entendiéndote. No siempre, pero aspirando a hacerlo.

Un día Kruschev le reprochó a Nasser su alianza con Tito. El egipcio, sutil, le interrogó:

—¿Por qué le parece a usted muy bien mi no alineamiento y muy mal el de Tito?

—Porque el de usted es una brecha contra el bloque enemigo, y el de Tito, una brecha en mi bloque.

Los tres hombres terminaron integrando una visión del mundo. Reconstruyeron —y en ese sentido la presencia de un europeo de la secularización fue un factor favorable los problemas contemporáneos y compartieron los temores ante los dos bloques armados por la bomba atómica. El despertar de la conciencia traspasaba los tópicos, dejaba atrás la lengua esloganizada de la propaganda para tocar elementos sustanciales, vivos, nuevos. Tito, el ateo; Nehru, el brahman hindú; Nasser, el coronel islámico. Los tres iban a vivir una época crítica. Detrás de ellos, *como el Himalaya*, por rememorar la frase de Nehru, un mandarín chino que

viviera en Francia les sobresaltaba y les introducía en otra tempestad ideológica: *Chu En-lai, aquella cabeza de cristal de roca*.

La tempestad del Canal de Suez

El *Tercer Mundo* —esa peligrosa generalización que habita en la ambigüedad— iba a tener su sobresalto radical apenas terminada la compleja reunión de Brioni. Muy pronto se iniciaría una de las grandes crisis del mundo contemporáneo. En efecto, en Brioni, los tres mosqueteros desiguales, se pronunciaron por la igualdad entre las naciones, contra toda forma de colonialismo, y plantearon a la vez los principios generales del neutralismo. *Se comprende el humor ácido de Kruschev*.

La revolución egipcia convirtió a Nasser en un líder del Tercer Mundo.
Nasser con las tropas egipcias en el Sinaí.

En Washington, un abogado de las compañías multinacionales —Jolín Foster Dulles— de zapatos duros y simplificación atónita, anulaba, ante la posición neutralista de Egipto, los préstamos planeados para que Nasser pudiera levantar la presa de Assuan. La

violencia de la decisión —20 de julio de 1956— sobresaltó, como una tempestad, a los reunidos en Brioni. El embajador egipcio en Washington había sido recibido por un ayudante de Foster Dulles, que le entregó un papel seco de negativa y un mensaje verbal:

—*Si nosotros no lo hacemos nadie les ayudará. Menos la URSS, que no puede hacerlo.*

Nehru, asombrado, decía a Nasser:

—*¡Qué inmensa arrogancia!*

Fue peor que eso; fue un error enorme y un acto desafortunado y estúpido que colocaba, frente a la arrogancia del poder, el orgullo de los pueblos. El 26 de julio de 1956, en medio de una inmensa manifestación de júbilo, Nasser nacionalizaba el Canal de Suez, El recuerdo vago, barroco y fantasmal de la esposa de Napoleón III —la española Montijo— inaugurando aquella vía de agua parecía, ese día, la fantasía para una opereta. El 26 de julio de 1956 es la historia en estado de acto la que entraba en juego.

En aquel verano, el Tercer Mundo de Brioni iba a estrenar la reacción del Imperio. En efecto, el 23 de octubre de aquel año —el 22, un avión transportando a cinco jefes del FLN argelino fue interceptado por el Ejército francés—, Inglaterra, Francia e Israel firman un pacto para invadir Egipto. La forma más implacable de los viejos imperios aparecía en escena. Más grave aún: el jefe del Gobierno francés, Guy Mollet, era el líder del partido socialista. Acusaba a Egipto de violaciones del derecho y de *son intrusion dans le drame algérien*. La guerra de Argelia, desde 1954, sacudía a Francia. La *dulce* Francia descubría el horror de la tortura.

El 26 de octubre de 1956 las tropas de Israel ocupaban el Sinaí: el 31, las tropas franco-británicas atacaban por aire y por mar el Canal, inaugurado por la esposa de Napoleón III el 17 de noviembre de 1869.

La guerra por el Canal dio comienzo el día 29 a las 16.59 horas. Dieciséis *Dakotas*, volando a muy baja altura para eludir las pantallas de los radares egipcios, lanzaron al espacio los primeros paracaidistas. Una gran parte de los aviones egipcios fueron

destruidos en los aeropuertos. El 31 —mientras en el Consejo de Seguridad el veto de Francia e Inglaterra paraliza la acción de la ONU—, la operación anglo-francesa se une a la operación israelí. El pacto estaba en marcha.

La impunidad no era ya el espacio teórico del mundo. Esa fue la primera gran sorpresa. El día 1 de noviembre de 1956, a las cinco de la tarde, la Asamblea General de las Naciones Unidas exige el alto el fuego y la retirada inmediata de las tropas. En su *Diario*, Dayan, con su banda negra sobre el ojo perdido en una batalla, escribe una frase melancólica: *¿Dónde están los días en que, en una hora, el comandante de una batalla, en un caballo blanco, resolvía un conflicto…?*

Esos días fueron. Ante la presión de la URSS, que vio llegada su hora de entrar no sólo en el Mediterráneo, sino de atracar en el Oriente Medio *en defensa de los pueblos árabes e islámicos*, Estados Unidos se autoasignó el primer puesto: *el de defensor del derecho*. Entendió Washington, muy bien, que la acción de Inglaterra y Francia —sin poderes verdaderos— convertía a Estados Unidos, con la URSS, en los árbitros de las decisiones mundiales. En consecuencia, Washington exigió, también, la retirada y la negociación.

En Jerusalén la *operación Kadesh* se había saludado con el júbilo de un pueblo cercado que libera, por vez primera en su historia (comenzando en 1948), *energía ofensiva*. En efecto, la *operación Kadesh* significaría, en cien horas, la conquista del Sinaí con sólo 177 muertos. Júbilo que no tenía en cuenta la *supranegociación*.

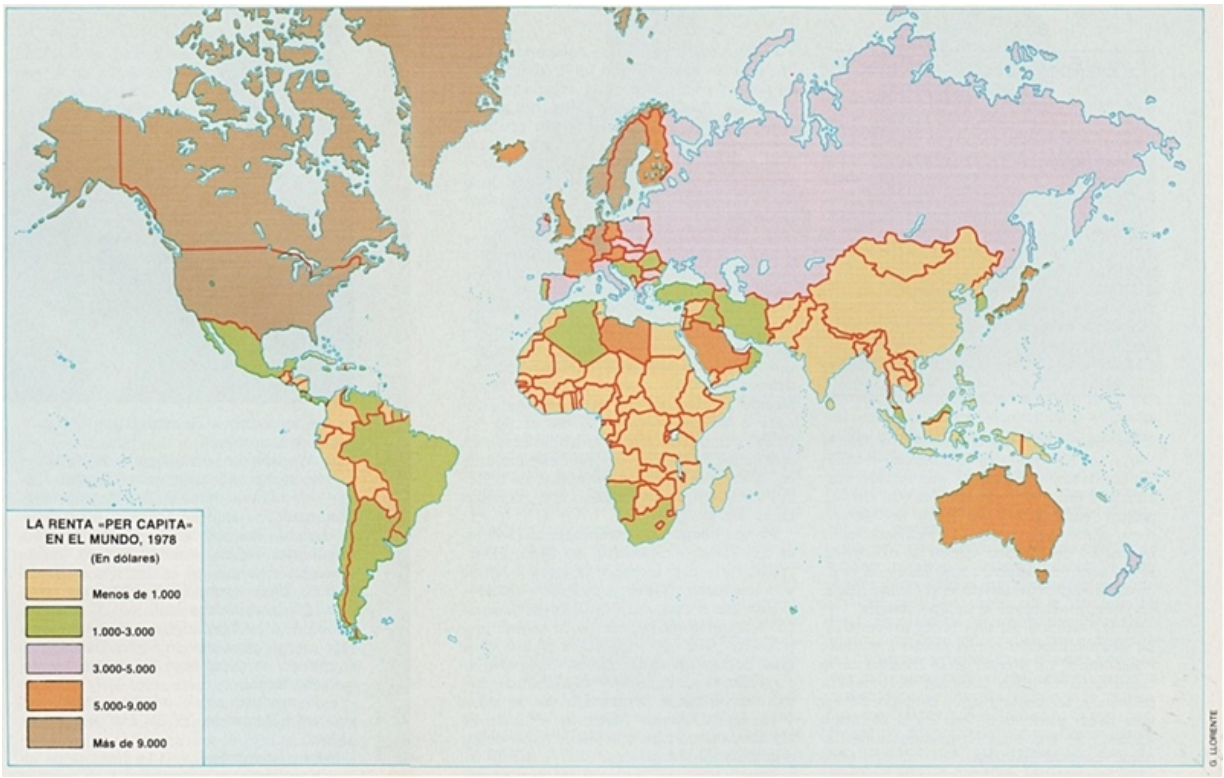
El 4 de noviembre, el secretario general de la ONU obtiene autorización para enviar al escenario de la guerra una *fuerza multilateral*; el día 9, Estados Unidos impone el principio de la retirada; el 22 de diciembre, el Canal, ocupado por las tropas paracaidistas de Francia e Inglaterra, tiene que ser evacuado y devuelto al Estado egipcio. Nasser, derrotado militarmente, pasaba a ser una carta básica de la negociación mundial. *Los gobiernos de*

París y Londres asisten, pues, a su última intervención como falsos protagonistas de la historia.

Los superpoderes de la Edad Nuclear eran ya los factores de la decisión. *Nasser, neutralista, aceptó las armas y la ayuda soviética. La presa de Assuan se construirá como ejemplo soviético: las bases militares de la URSS se asientan en el Oriente Medio. La negociación, sin embargo, era difícil*. El mundo del socialismo islámico no siempre entenderá la estrategia de la URSS. En Moscú, la iglesia universal del socialismo simplifica, generaliza y desdeña la complejidad de la civilización islámica. Choque de civilizaciones: choque de fronteras.

En noviembre de 1956 —en ese cuadro—, el ejército liberador soviético se transformaba en un ejército represor en Hungría. El levantamiento popular fue aplastado con los tanques. Los imperios, cierto, no son iguales. Las diferencias son notorias ideológicamente, pero la Unión Soviética no ha podido modificar, después de la desestalinización, las relaciones de poder con las naciones socialistas de Europa oriental.

El año 1956 terminó, pues, con las revelaciones de una inmensa crisis ideológica y moral del mundo. En 1956, en medio de la conmoción de los conflictos de la historia contemporánea, Alfred Sauvy y Georges Balandier acuñaban el concepto de Tercer Mundo. Los accidentes de la historia son lo real-imaginario de la historia concreta. Todo hay que rehacerlo críticamente.



En 1955 se declaraba en Bandung la guerra contra el colonialismo. Inmensos espacios universales, sobre todo en Asia, África y Oceanía, esperaban la recuperación de la soberanía.

OPEP, no alineamiento y descolonización

Pero el proceso se remitía a todos los aspectos de la subordinación y la dominación. En 1960, después de dos reducciones arbitrarias de los precios del petróleo por parte de las compañías multinacionales —la denominación *siete hermanas* es justa, en parte, pero banaliza el cuestionario—, los países petroleros exportadores netos decidieron un cambio radical.

Una pasmosa cabeza latinoamericana, , fruto y producto de los levantamientos venezolanos contra dos dictaduras —la de Juan Vicente Gómez y la de Marcos Pérez Jiménez—, fue el principal artífice en la fundación de la OPEP: *Pérez Alfonso*. El había sido, en Venezuela, el gestor del 50/50, el famoso *fifty-fifty*, que transformaba las relaciones de poder entre los gobiernos y las compañías omnipotentes.

En 1960 la descolonización se convertía en la regla de la historia. Pero *¿un himno y una bandera son la soberanía si los países continúan instalados en la economía dependiente dejada tras sí por las metrópolis?* La respuesta era y es, a la vez, imposible y, cuando se produce, cuestionable o ambigua. En suma, la demagogia, el otro dragón de la barbarie, llamaba a todos los puertos.

ESTADOS DESCOLONIZADOS HASTA 1955

Siria	1944
Líbano	1944
Filipinas	1946
India	1947
Pakistán	1947
Corea del Sur	1948
Corea del Norte	1948
Birmania	1948
Sri Lanka	1948
Israel	1948
Jordania	1949
Indonesia	1949
Libia	1951
Vietnam	1954

En marzo de 1960 el general De Gaulle —que tendría que vivir lo contrario— todavía proclamaba la idea de una Argelia vinculada a Francia. Palabras y mitos. En Sudáfrica, entre el 21 y el 30 de ese mismo mes, como hoy, grandes manifestaciones negras se levantaban contra el *apartheid*. El Gobierno declaraba, como ahora, el estado de emergencia, mientras el Congo belga, en junio, proclamaba la independencia.

África entraba en una crisis irreversible. La descolonización era el hecho ineludible e inevitable. En agosto, siete Estados de la comunidad francesa obtenían su independencia, y un poeta negro, cargado de las más bellas palabras de oro de la literatura francesa, se convertía en presidente de Senegal: Leopold Senghor.

En septiembre de 1960 la ONU admitía en su seno, como nuevos Estados soberanos, a 15 países africanos y a Chipre. En ese mes, entre el 10 y el 14 se reunieron en Bagdad, bajo la presión de Venezuela —léase la presión incandescente de *Juan Pablo Pérez Alonso*—, los representantes de cinco países petroleros.

Estaban indignados. El 6 de agosto una filial de la Standard Oil de New Jersey había bajado de nuevo, sin la menor consulta, el precio del barril en 0,14 centavos. Las demás multinacionales de Oriente Medio hicieron lo mismo. *Ello significaba, sólo para los*

países del Golfo —me diría Pérez Alfonso después, en su casa de Caracas—, *100 millones de dólares de aquel tiempo. Cuando nada más que recibíamos migajas*.

Pérez Alfonso ha muerto hace unos años. Era bajo de estatura, con un cráneo limpio de polvo y paja que brillaba, inusitado, bajo el sol del valle. Su casa, al pie del monte Avila, era jardín salvaje y planta preciosa dominada por el hombre. En sus postreros días se había convertido, furioso, noble y sarcástico, en una especie de profeta de la razón del futuro. Vivía ya en todo lo que era mañana, después, anticipación.

Nunca olvidaré su palabra. Sabía que la lucha iniciada en 1960 era nada más que un eslabón de la cadena. En septiembre de 1960 cinco países petroleros —Irán, Iraq, Arabia Saudita, Kuwait y Venezuela— crearon la Organización de Países Exportadores de Petróleo. Era la primera vez, como bloque —México nacionalizó sus recursos petroleros en 1938—, que los países del Tercer Mundo planteaban una resistencia organizada a las multinacionales del crudo. La OPEP, como propósito, planteaba inmensos problemas: defender los precios, cambiar las relaciones de fuerza, recuperar los recursos naturales no renovables. Hoy, aquellos cinco son trece.

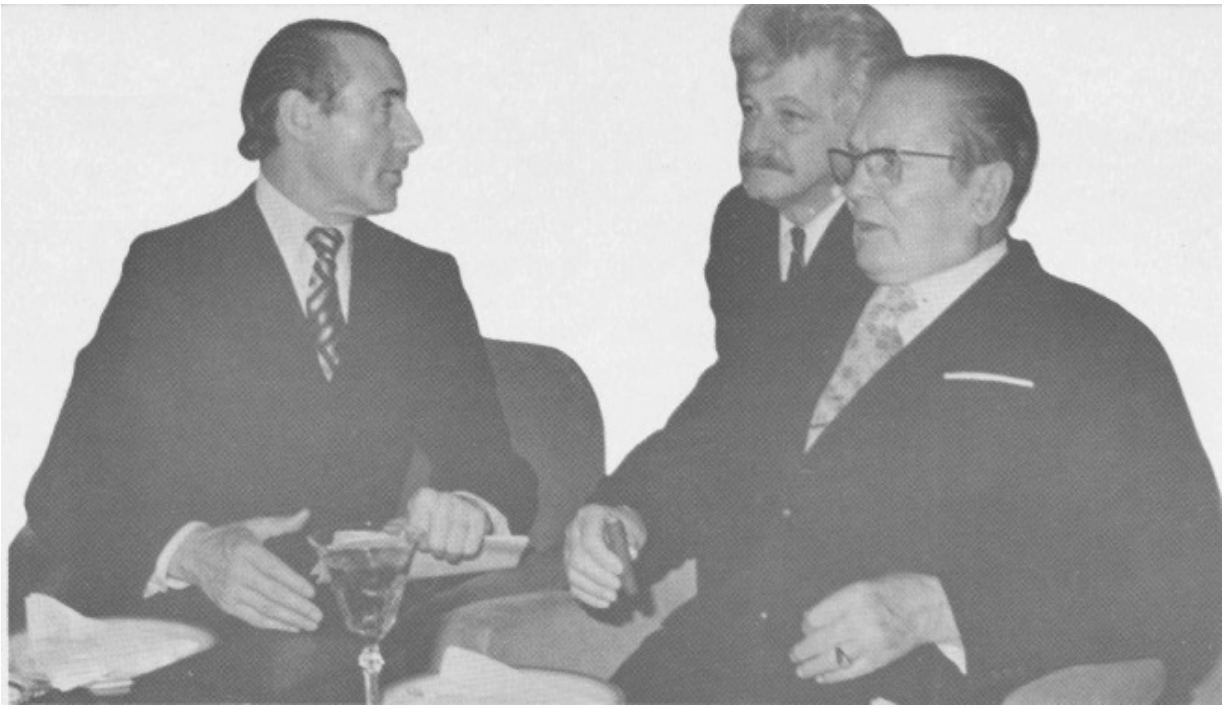
En ese tiempo, Nehru soñaba con retirarse del poder y dedicarse, de lleno, plenamente, a la planificación. El tema le atraía y le fascinaba. *Nuestros pueblos* —decía— *tienen que dominar las técnicas del desarrollo*. A Gandhi mismo, un día, le habían preguntado: *¿Por qué convertir a Nehru en el líder político de la nación si, inclusive, se ha educado en Inglaterra?* El Mahatma, calmo, suave, había contestado con sencillez y elegancia: *Porque Nehru es el único de los hombres del país que puede hacer entrar a la India en el siglo* xx*…*

Nehru tenía la obsesión de la historia. *¿Cómo nos juzgará?*, preguntaba un día a Nasser. En 1961 no podía dejar el poder ni conquistar, por el solo impulso de la voluntad, el siglo xx. En 1961 la preocupación fundamental de Nehru, Nasser y Tito era cómo y de qué forma convertir el neutralismo —cuando las necesidades les

acosaban a integrarse, por las armas o la ayuda económica y técnica, en los bloques— en un espacio nuevo que rechazara los bloques y generara una resistencia nueva a las superpotencias. Tito respondía con una sola frase: *la no alineación, el no alineamiento*.

En septiembre de 1961, en Belgrado, 24 países firmaban el documento del No Alineamiento. *Respecto al no alineamiento, es decir, respecto a lo que concierne a la orientación utópica e ideológica del Movimiento de los No Alineados como fuerza única y decisiva para el mantenimiento de la paz y la independencia, fuerza es reconocer su ineficacia, su falta de unidad en todas las crisis graves y peligrosas…* (Milovan Djilas, del libro citado). Todavía el mismo autor yugoslavo tiene palabras más duras para el Movimiento: *… sus dirigentes, unos dictadores en la mayor parte de los casos, que han apelado a la conciencia de la humanidad, han dado prueba de su debilidad…*

No podrían desdeñarse esas palabras. Hay mucho de verdad, pero la polémica de Milovan Djilas con Tito (*mon ami, mon ennemi*) altera, muchas veces, el rigor. En 1961 una gran parte de los países *con himno y bandera*, pero con poco más, veían agigantarse la crisis mundial y el riesgo de la guerra atómica. El proceso armamentista se transformaba, progresivamente, en un proceso del desarrollo general de barbarie, y pobres y ricos se articulaban globalmente en la gran aventura trágica: *la marcha hacia la destrucción*.



Enrique Ruiz García, autor de este trabajo, con el mariscal Tito en Belgrado.

En 1961, Kennedy, el varón del *liberalismo* estadounidense, presidia la invasión frustrada contra Cuba. El día señalado para el desembarco en Bahía Cochinos, el *New York Times*, con información clara sobre el tema, decidió publicar todo lo que sabía en su primera página. En la tarde de aquel largo día de abril el Gobierno de Washington suplicó a James Reston, la cabeza notoria del *staff* del periódico en la capital de la República, que desistieran de dar la noticia. Hubo una reunión tempestuosa en Nueva York y, finalmente, se decidió levantar la primera plana. Jornadas después, en medio del terrible fracaso, Kennedy diría a Reston, pálido y doliente, estas palabras de la melancolía de la acción:

Si ustedes publican la información, yo no hubiera mantenido la orden de ataque y Estados Unidos se hubiera evitado un terrible paso en falso…

En esas circunstancias, en ese cuadro de tensión, surge el Movimiento de los No Alineados. Tito llega a esa conclusión, en última instancia, en razón de la historia, es decir, en razón de los resultados de la Conferencia de Yalta y por su experiencia política

frente al estalinismo. Nasser buscaba una vía nueva para el *neutralismo positivo* que sirviera de escudo, frente a *Inglaterra, Estados Unidos* y la *URSS*, para la independencia de Egipto. Los caminos eran inciertos; las decisiones, inevitables. El Cairo dudaría permanentemente en sus alianzas.

Chu En-lai, viejo mandarín de la revolución maoísta —un día se le aclamaría frente a Mao—, veía el mundo en esferas estratégicas. Asia, la esfera principal. *¿Cómo se podían conciliar, a la vez, las contradicciones de China y la URSS, de China y la India, de China y las grandes religiones de Oriente que chocaban con la predicación atea de la Revolución?* Un verdadero no alineamiento parecía imposible, pero ¿cómo rehuir esa experiencia?

Sin embargo, es igualmente innegable que el Movimiento, sobre todo en la *etapa cubana*, ha querido recrear, en la práctica, la idea del *enemigo principal y el aliado principal*. En ese punto —clave y radical— los sucesores de Nehru, Nasser y Tito han denunciado el proyecto cubano. El tema, con sus contradicciones y lagunas, emerge aún poderoso. Los No Alineados sufren, en su esencia, el dilema de la libertad y la razón. El socialismo era, *prima facie*, una previsión del desarrollo y del cambio humano, pero los socialismos reales han destruido el hogar de la libertad y la razón. Por lo pronto, y por estar involucrados en los bloques de la época, ni China Popular ni Turquía, Pakistán y Vietnam del Norte fueron invitados a la Conferencia de Belgrado de 1961.

En 1962, Cuba, integrada en la *voluntad de los bloques* —la plena imperfección del alineamiento—, poblaba el mundo con el fantasma de la guerra atómica. Cuando los *misiles de octubre* (parafraseando los cañones de agosto) fueron retirados de Cuba, la URSS y Estados Unidos firmaron, por encima de los pueblos, un acuerdo geoestratégico: la URSS embarcaría sus armas; Estados Unidos se comprometía, por su lado, a no desembarcar sus soldados en la isla de la fortuna y el azúcar.

Arkadi Chevtchenko, subsecretario de la ONU, alto funcionario de la URSS —pasado a Estados Unidos y que acaba de publicar un

libro realmente extraordinario sobre una etapa fundamental de la política mundial—, dice que es absolutamente falso que la historia de los misiles de Cuba fuera una imposición del Ejército soviético. Fue Kruschev, dice, *quien impuso, al contrario, esa decisión arbitraria a los Estados mayores políticos y militares…*

Después de Cuba, paradójicamente, se hicieron evidentes dos cosas en la URSS: la necesidad de una estrategia de largo plazo de rearme atómico y la búsqueda de la destitución de Kruschev. *En el curso de los años siguientes* —dice Chevtchenko—, *cuando una voz se oponía a esa idea* (la del rearme nuclear a largo plazo para equipararse con Estados Unidos), *siempre había alguien que contestaba así: Recordad lo que pasó en Cuba… Kruschev* —dice Chevtchenko— *fue obligado entonces a declararse en favor de la transferencia de enormes recursos financieros y otros no financieros al mantenimiento de nuestra potencia militar a un nivel apropiado…*

La crisis cubana no fue Hiroshima, pero reveló que el mundo —desde aquel 6 de agosto de 1945— duerme a la orilla de esa inmensa hoguera radiactiva. *En Occidente se dice* —explica Chevtchenko en su libro *Breaking with Moscow— que Cuba fue para Kruschev el comienzo del fin. Es exacto, pero hasta cierto punto. Otros numerosos factores contribuyeron a su caída. En lo que a mi concierne, debo reconocer que la crisis cubana me abrió los ojos sobre nuestro líder. ¡Con qué alivio acepté mi nombramiento para la misión soviética en las Naciones Unidas de Nueva York y con qué entusiasmo Lina* (su esposa) *y yo nos preparamos para abandonar Moscú!…*

Guerras de palabras a la vera y en la cercanía de un mundo cruzado por guerras locales implacables y permanentes. Todo ello implicaba, a su vez, el cambio constante de la correlación de fuerzas. En 1962, en julio, las Naciones Unidas admitían en su seno a Argelia y Uganda. Había sido De Gaulle, el señor de la guerra, el general-presidente que había tenido que firmar el tratado de la independencia. El mismo hombre en el discurso irrefrenable de la realidad. Alguien le recordaría su *deber*, poco antes de los tratados

de Evian, respecto a los franceses de Argelia. En el primer consejo de ministros, después de haberse aceptado el traspaso a Argelia de todos los poderes de la soberanía, De Gaulle, implacable, había subrayado: *Los intereses de Francia no son, necesariamente, los intereses de los franceses de Argelia…*

Una página de la historia había dado la vuelta. Un inglés, previamente, había acuñado la frase más famosa del cinismo y el pragmatismo británico: *Inglaterra no tiene enemigos permanentes; tiene intereses permanentes*. Es verdad también que en 1951, a su regreso al poder, Winston Churchill había pronunciado, en Lancaster House, una frase contra la historia: *Yo no he sido nombrado primer ministro de Inglaterra para deshacer el Imperio…*

Universalización de la crisis

Cuando murió, el 24 de enero de 1965, a los noventa y un años, el Imperio inglés era un inmenso recuerdo de arenales y tierras infinitas ex británicas. El, que había nacido en el palacio de Blenheim, pudo ver todavía el peso dialéctico del tiempo. Vencedor del nazismo, perseverante y altivo en Yalta y Potsdam, tuvo que asistir al adiós a las armas, es decir, al adiós a la vocación de gestión universal de Inglaterra y Europa. Un inválido en la edad de la revolución tecnológica —Roosevelt— y un tirano en la edad de la revolución armada —Stalin— controlaron, sin saber qué harían con su fuerza, la posguerra.

Indígenas uros en el lago Titicaca, Perú.

Ruinas incas de Macchu Picchu, Perú. Indígena de Cuzco.

Fiestas del Sol en Cuzco.

La OPEP, el no alineamiento y la descolonización no son frases: tampoco argumentos para la retórica. Son hechos, factores que revelan la universalización del conflicto con sus contradicciones a escala.

En 1963 se creaba, en el ámbito de las Naciones Unidas, como expresión de *esa universalización del conflicto, el Grupo de los 77*, y en 1964, como prueba de esas contradicciones históricas, la UNCTAD.

El discurso *de los 77*, supraideologizado, en el espacio onusiano, el derecho de los pueblos pobres a expresar, de forma unida, sus proyectos y sus posiciones frente a los grandes poderes, esto es, *los superpoderes atómicos y los superpoderes del veto en el Consejo de Seguridad*.

El discurso de los 77, supraideologizado, organizado sobre la conciencia, cierto, de la crisis Norte-Sur, ha terminado siendo, en muchas ocasiones, retórico, cargado de prejuicios; encerrado, finalmente, en una interpretación maniquea de los acontecimientos.

Los chinos dicen que cuando se acaban las virtudes no quedan más que las ceremonias. *¿Cumple ese papel de ceremonia china, oscurecedora, enajenante, el discurso falsamente radical que, en ocasiones, esconde la complicidad objetiva con los grandes poderes o los grandes intereses de la Tierra?* Una respuesta irreflexiva, emocional, instalada en un campo solo y parcial del análisis, *¿nos serviría de algo hoy sin las armas de la crítica?*

La UNCTAD —Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo— quiso ser un espacio nuevo para la discusión de los problemas económicos y sociales del cambio. El dilema de las materias primas, la regulación de los mercados y la previsión de los precios de los artículos básicos constituyeron el campo de batalla, en el seno de la UNCTAD *(United Nations Conference on Trade and Development)* de un dilema fundamental: el de la justicia económica internacional.

La UNCTAD ha sido un escenario y una prueba de pulsos. El grupo B, integrado por los 24 países industrializados de la OCDE, y el grupo C —los países latinoamericanos— han podido discutir y debatir los más grandes problemas de nuestro tiempo. El riesgo, evidente, ha sido la ideologización y el prejuicio. *El diálogo* se ha

transformado, muchas veces, en la *elección buscada* —retórica y demagógica— de los campos adversos.

El grupo D en el área de la UNCTAD (los países de economía centralmente planificada o socialista) ha intentado ser un puente. *También, como en otros foros, emerge como una razón asimétrica. En efecto, la posición de la URSS, al querer ser la representación política de una potencia no mezclada con las responsabilidades históricas del colonialismo, termina siendo, a veces, en esa razón asimétrica, la propaganda. En suma, esa posición puede ser inteligible. No siempre se atiene a la lógica de sus propios enunciados teóricos. La razón de Estado destruye la hipótesis revolucionaria*.

El grupo A —los países en vías de desarrollo más Yugoslavia— conforma la simbiosis política *del no alineamiento alineado o, en muchos casos, en crisis respecto a su verdadera pertenencia e identidad*. El grupo A representa la dinámica, poderosa, enérgica y confusionaria voz —decir lo contrario sería jugar al ajedrez con las fichas de las damas— de los *Setenta y Siete*, que hoy forman, al crecer más allá de los 120, *la mayoría inmensa y desigual de las Naciones Unidas*.

China, con Mao, aspiraba a ser *Tercer Mundo*, pero andaba por esa geometría vulnerable y exaltante con zapatillas de tortuga. China, con Deng —en la etapa de la *economía de mercado socialista*, tiene una política universal compleja: Tercer Mundo en su sótano ideológico, y Primer Mundo, abierto a la tecnología y las inversiones extranjeras, en la planta principal del nuevo edificio: *la economía de mercado socialista*.

Cuando yo visité el Tachai —la agricultura modélica—, Chu En-lai nos decía: *Aquí funciona la nueva China*. Con Deng Xiao-ping, el Tachai ha sido barrido del mapa por la agricultura de mercado. *¿Una economía más libre y una sociedad política reproductora, sin embargo, de la élite dominante? ¿Hasta cuándo y cómo?*

La UNCTAD, pues, diálogo geoestratégicd entre el *Norte y el Sur* —diálogo progresivamente ocluido por las *palabras a quemarropa*— y diálogo del idealismo sobre las relaciones *Sur-Sur* y las trompetas de caza de los sueños. En efecto, y más adelante lo veremos, el *Sur-Sur* administra los buenos sentimientos mientras las élites del Sur —los más poderosos grupos de la Tierra, comparativamente, a la hora de la concentración del ingreso nacional— *tienen sus ahorros, y a veces doble lugar de residencia, en el Norte*.

El mismo autor con Chu En-lai durante una visita a China.

No obstante, el Tercer Mundo es el espacio crítico, el lugar de audiencia —a quemarropa— de los mayores problemas de nuestra época. Cada vez, por *el exceso ritual de ruido*, menos propensos a ser oídos por su vieja música, agresiva y agónica. Hay que inventar, de nuevo, *el debate*.

No es fácil. Existe la dificultad de la lengua. *La lectura franca de gran parte del Tercer Mundo es la triple desalianza del inglés, francés y español*. Con estos idiomas se recorre, cierto, el universo ex colonial. Pero las palabras se han llenado de matices, reticencias, sumideros, meditaciones al revés y convocatorias hacia la diferencia.

Siempre me asombra oír decir a los españoles un lugar común casi inaudito: *En México o en Argentina… igual que en España. Nada más lejos de la verdad. Las palabras suenan, pero no tocan la misma músicá sociológica, la misma representación ideológica del mundo*. Se requiere, para aceptarlo, una inmensa renovación y madurez intelectual.

Oigo todavía, en el despacho de Nehru, su inglés musical; veo su túnica morada y su rosa roja. Sus palabras no eran simples: *Ninguna vuelta atrás de la historia podrá ser tolerada por nosotros…*

Chu En-lai asombraba a Nasser diciéndole que la China de Mao, que él representaba *desde su propia y singular biografía personal, quería que Estados Unidos enviara más y más jóvenes americanos al Vietnam*.

La conversación se realiza, dice Haikal, que estuvo presente, en Alejandría.

Nosotros los queremos allí. Estarán cerca de China; les tendremos en la mano. Estarán tan cerca que les tendremos en la mano, serán nuestros rehenes. Muchos de ellos han probado el opio y nosotros les ayudamos. Plantamos para ellos las mejores variedades de opio; especialmente para los soldados americanos del Vietnam…

La historia en el mismo punto. En el siglo XVIII la Inglaterra imperial destruyó, en la resplandeciente tierra del Ganges, la más poderosa infraestructura textil de Asia. Convirtió, se sabe, a los hindúes y musulmanes de la región en compradores de los tejidos de algodón del Reino Unido. Los británicos transformaron esa zona, además, en un vasto campo para el cultivo del opio y obligaron a

China, en el siglo XIX, a comprarlo —estaba prohibido su uso desde hacía siglos— *en nombre de la libertad de comercio*.

El presidente Nasser, dice Haikal, miraba con inquietud a Chu En-lai. Este, impasible —tenía unos ojos, los recuerdo, oscuros, con brillos grises, lúdicos a veces, con unas manchas negras—, habló de la siguiente forma:

¿Recuerda usted el tiempo en que Occidente nos ha impuesto el opio? ¿No nos han combatido con el opio? Nosotros vamos ahora a batirlos con sus propias armas. Vamos a utilizar sus propios métodos…

Existía el peligro de un ataque nuclear… No lo desconocía Chu En-lai. Cuando Kennedy llegó a Francia, con su esposa, habló de ello con De Gaulle. El joven presidente, con la corona aparentemente de la riqueza y la dicha, le diría al general:

China tendrá la bomba atómica en un año más. ¿Debemos intervenir ahora?

La respuesta del general (con guantes, rememoraba Malraux en un libro prodigioso y casi desconocido, *Les chênes qu'on abat…*) fue que Estados Unidos no intervendría.

Más tarde, De Gaulle, incitado por Malraux, volvería a replantearse aquella conversación. Entonces añadió un comentario nuevo. Advirtió a su interlocutor que no había comprendido bien, en su esencia, lo que sugería Kennedy.

¿Por qué concebir —le decía a Malraux— *la intervención americana como una guerra* (los americanos no hubieran desembarcado en China) *en lugar de pensar en el écrasement de algunos centros industriales chinos, hecho que hubiera sido suficiente para hacer retroceder a China cincuenta años atrás. Yo suponía que él me preguntaba algo que le planteaba el Pentágono…*

Así, secamente, en la desnuda inmediatez de las lenguas —evocando la historia y la modificación de la historia por la violencia—, cada uno pensaba su propio pensamiento. La unidad dialéctica alumbraba, una vez más; la tragedia de la incomprensión.

Alsop, el famoso periodista estadounidense, contaría después que Kennedy le habló a él también de un bombardeo de los centros nucleares de China. Pero el 16 de octubre de 1964 la nación de Mao y de la Larga Marcha entraba en la edad atómica con su primera explosión nuclear. Kennedy había sido asesinado ya, bajo el sol de Dallas, un año antes.

Desde Moscú —dice Chevtchenko al relatar la muerte de Kennedy en sus *Memorias*— *se nos recomendó medir nuestros hechos y nuestros gestos con circunspección y redoblar la vigilancia informando, hasta el más ínfimo detalle, de todo lo que pasara. Fuimos encargados de transmitir al pueblo y al Gobierno americanos, igualmente, las condolencias de las autoridades soviéticas. Al día siguiente de la tragedia quedamos más tranquilos al ver que la Administración Johnson no tenía la intención de incriminar a la Unión Soviética. La cuestión no fue resuelta, sin embargo…*

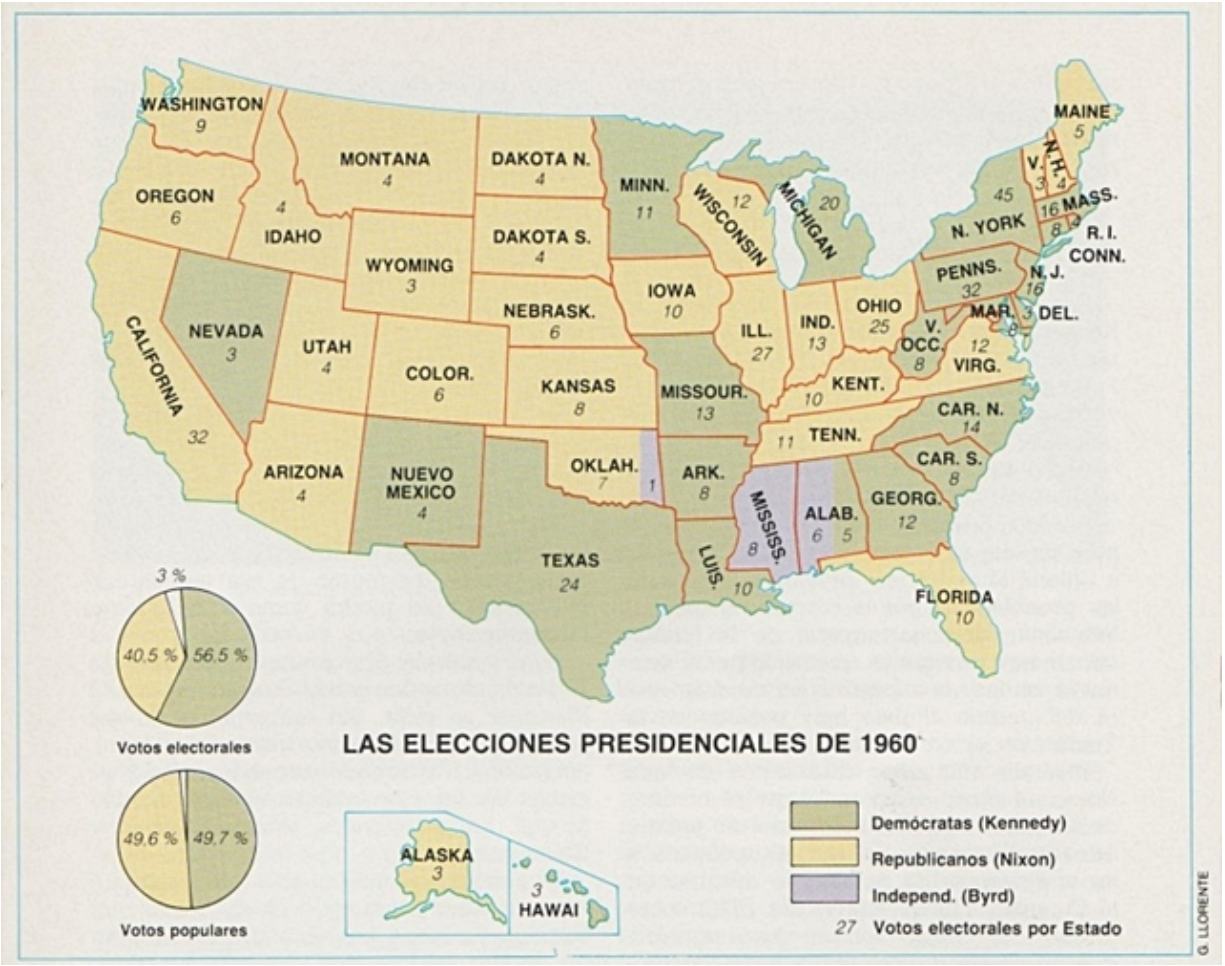
Lo curioso es lo que añade Chevtchenko. De un lado señala la creencia de Moscú —*dura como el hierro*— de que el asesinato de Kennedy había sido realizado por los *medios reaccionarios*, y del otro, la propia previsión de Chevtchenko mismo, alto cargo soviético en las Naciones Unidas:

Yo imaginaba, por mi parte, que si un extranjero había intervenido en el caso, éste no podía ser otro que Fidel Castro…

Jean Daniel, la noble cabeza clara de *Le Nouvel Observateur*, ha contado, a su vez, aquella jornada en la que él estaba, casualmente, en Cuba y con Fidel Castro *(Le temps qui reste, Stock)*. Se encontraban comiendo en el Varadero, a la orilla del mar.

Repentinamente sonó el teléfono. Un secretario uniformado de guerrillero contestó para anunciar, a continuación, que era el presidente de Cuba, Dorticos, y que deseaba hablar urgentemente con el primer ministro. Fidel tomó el aparato y le oí decir: ¿Cómo? ¿Un atentado? *Se dirigió a nosotros para decirnos que Kennedy acababa de sufrir un atentado en Dallas. Reemprendió la conversación con Dorticos y le oí decir:* ¿Herido? ¿Muy

gravemente? *Volvió después a la mesa y repitió tres veces: Es una mala noticia.*



Mapa de las elecciones presidenciales en 1960, en las que se enfrentaron Kennedy y Nixon.

Horas más tarde, cuando habían abandonado ya el Varadero, supieron más cosas. Primero, en Estados Unidos, al hablar de Lee Harvey Oswald se hablaba de un *espía soviético*. Después se corrigió la información con un añadido: *No; es un espía casado con una rusa*. Fidel comentó, ante ello, dice Jean Daniel, lo siguiente: *Ahora nos tocará el turno…* Posteriormente se habló de Lee Oswald como un pro-castrista de Nueva York. Entonces Castro le dijo a Jean Daniel: *Es bien extraordinario que nosotros, que estamos privados*

de todo por el bloqueo, tengamos que deplorar la muerte de un presidente de Estados Unidos…

Historia contada en partes. Rompecabezas dialéctico de una época donde lo previsible era imprevisible y el zigzag constituía, por la vastedad universal de los conflictos, *una manera de vivir*.

En Saigón había sido asesinado unas semanas antes, en el cuadro de un golpe de Estado (la CÍA en la diana), el dictador católico Diem. Su esposa, arrebatada, hacía responsable a Kennedy.

Un año después, en 1964, el general De Gaulle reconocía a China. Fue un acto que implicaba, en la hipótesis del general, la ruptura, o el ensayo de ruptura, con el mundo de los bloques organizados, hegemónicamente —adversarios y complementarios—, por las dos superpotencias.

Reconocer a China

Fue el 27 de enero de 1964 (la sangre de Kennedy sobre las rosas amarillas ya se había secado) el día de las relaciones entre París y Pekín. Día helado. De Gaulle subrayaba el cuadro de su decisión con una imagen feliz:

China es una masa en fusión. Es preciso reconocerla para conocerla.

A Mao Tse-tung envió De Gaulle, a la hora de las negociaciones, a Edgar Faure; a Chiank Kai-chek (en Taiwan) a la hora de las condolencias por la ruptura, al general Petchkoff, viejo *compagnon de la Libération*. Juego de espejos que no impedía asumir la verdad: *la imposibilidad de dejar fuera del mundo al país más poblado de la Tierra*.

Richard M. Nixon (izquierda)*, que alcanzaría la presidencia en 1968. El presidente Kennedy con el canciller Konrad Adenauer durante una visita a Bonn, junio de 1963* (derecha)*.*

Pasarían seis años más antes de que Nixon, *el Sucio* —sin embargo, el hombre de la paz en el Vietnam con un profeta llamado

Kissinger— dejara estupefactos a los americanos con su famoso discurso en el Congreso (18 de febrero de 1970) sobre China: *Los chinos son un gran pueblo… que no puede quedar fuera de la Comunidad Internacional…*

Era el mismo hombre que, impacientemente, había llamado por teléfono al presidente Echeverría para preguntarte si era verdad que México iba a reconocer a China. *Sí, dijo Echeverría, y nadie nos lo impedirá*. La presión de Nixon, en contra, fue inútil.

Mao, viejo sabio, llevaba a la tribuna de honor, a su lado, en la conmemoración de aquel primero de octubre de 1970, a un escritor estadounidense: a Edgar Snow, el de *La Estrella Roja sobre China*. El 5 de octubre, Nixon, pacificador del Vietnam y plomero futuro de Watergate, confiaba al *Time que había una cosa que quería hacer antes de morirse: ir a China*.

Como un presidente piensa que morirse es igual a tener que abandonar su respectiva Casa Blanca, todo el mundo entendió que quería un viaje pronto, es decir, *con vida, esto es, como presidente*. Comenzó entonces el juego del ping-pong o las cortesías cruzadas.

El 15 de julio de 1971 el mismo Nixon, dueño del mismo desenfado y de la misma dramática incapacidad para aparecer en televisión sin la dura mancha negra de su barba de hombre primitivo, anunciaba a Estados Unidos que el *dear* Henry Kissinger había estado en Pekin entre el 9 y el 11 de ese mismo mes.

Viaje secreto, viaje inusitado y extraordinario. Chu En-lai, magnífico, hizo los honores. ¿Le regaló el opio especial plantado en los prodigiosos jardines de la agresiva memoria histórica?

La verdad es que los dos hombres se agradaron. Se trataba de dos seductores. Nixon, el antiseductor, anunció al mundo que antes de mayo de 1972 llegaría a la muralla china. Cuando yo la he recorrido, el horizonte azul y el sol claro, fugitivo y diáfano, golpeaba los muros de esa serpentina interminable de piedra como si la guerra fuese imposible.

¿Qué hablaron Chu En-lai y Kissinger de la Unión Soviética y las armas nucleares? Kissinger se calla. Sin embargo, el 25 de octubre

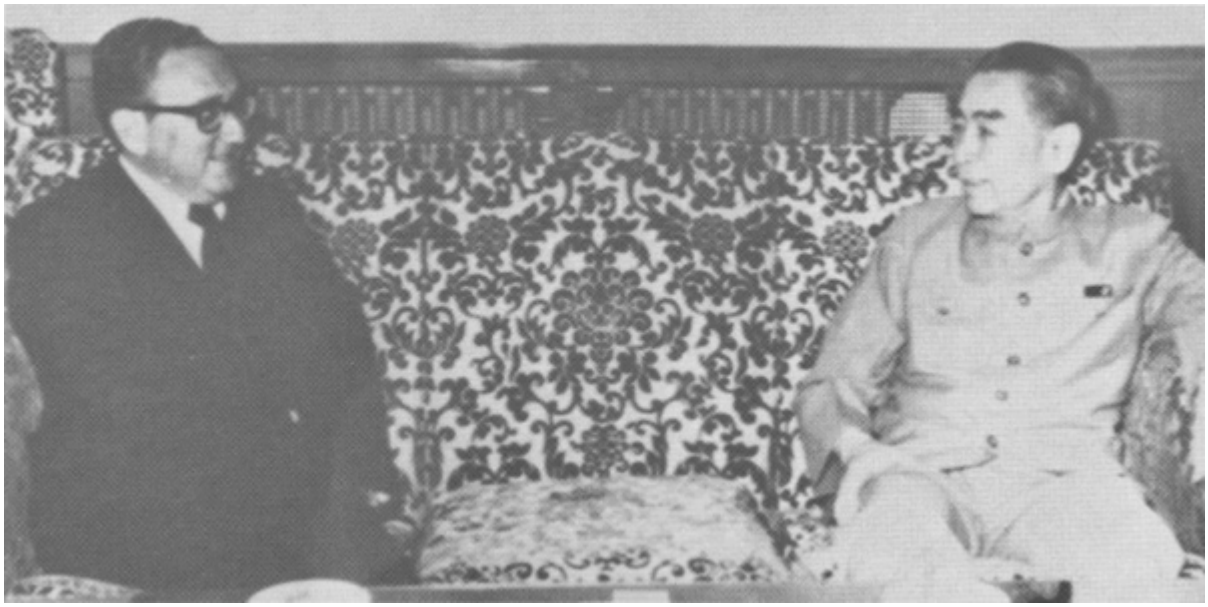
de 1972 la quinta parte del planeta poblacional del mundo entraba en las Naciones Unidas y recuperaba el *sillón del veto* que, hasta entonces, retuviera, para la China nacionalista.

Se abrió, pues, una puerta que los sucesores de Mao Tse-tung —ya enterrado con su pequeña biblia roja en el túmulo funerario de los políticos que se mueren a destiempo— y de Chu En-lai están llenando con la entrada incesante, en China, de las compañías multinacionales. Los romanos, lúcidos, lo habían ya dicho en tiempo de los césares: *Nadie diga algo de un hombre hasta que muera*. Las sorpresas son la aventura de lo real.

De una forma u otra, la paz en el Vietnam —la primera guerra perdida por Estados Unidos y la primera guerra universal ganada por el Tercer Mundo— y el reconocimiento de China transformaban las relaciones internacionales de una época entera.

En Nueva York el eterno Gromiko, acompañado en el automóvil por el embajador de la URSS en Washington y por su antiguo colaborador y amigo, Chevtchenko, escuchaba de boca del embajador Dobrynin estas significativas palabras:

Antes mismo que usted haya tenido tiempo de abrir la boca, Kissinger ha encontrado ya argumentos que él se reserva para utilizarlos contra usted más tarde…



Entrevista de Chu En-lai con Henry Kissinger en Pekín, entre los días 9 y 11 de julio de 1971.

El eterno Gromiko —ahora ya reducido a la eternidad absoluta con una presidencia de honor— interrumpía y añadía (*sin animosidad*, dice Chevtchenko) esta nueva frase:

Kissinger es tan inasible como una anguila. Nadie sabe, jamás, lo que tiene en la cabeza (del libro de Chevtchenko: *Breaking with Moscow*).

Un amigo mío, gran amigo a su vez de Kissinger, no hace muchas semanas que me decía, en su casa, que había estado muy recientemente con Kissinger y que éste, ni soberbio ni homérico, le confesó su soledad: *Soy un hombre sin interlocutor válido*.

En aquellos días históricos, el viaje de Nixon a Pekín se vivió, en Moscú, como una tormenta. El sobresaliente Dobrynin —decano del cuerpo diplomático en Washington y extraordinario personaje preguntó a Kissinger, tiempo antes, si Nixon iría a Moscú y después a Pekin, o al revés. Kissinger, la anguila, con un viejo florete, esculpió la respuesta:

Después…

China, en suma, se preparaba, con el sobreviviente de todas las depuraciones, *Deng Xiaoping, el inimitable*, para inventar, sobre la

teoría de los cuatro mundos, la teoría de los tres mundos.

La guerra del petróleo

Diecinueve años después de la explosión de Hiroshima, China realizó su primera prueba atómica. Para entonces la carrera nuclear era ya la experiencia más terrible —por vez primera la visión material de lo absoluto— que haya vivido el hombre contemporáneo.

La carrera armamentista hacía imposible, sin duda, el desarrollo y permitía a la URSS, y al socialismo hlperreal, perpetuar, en nombre de la defensa nacional, la indefensión de las sociedades civiles frente a la superstición —el último culto primitivo de las naciones modernas— del Estado autoritario y atrapa-lo-todo.

En nombre de ese Estado que no quiere someterse al imperio de la ley y que aspira a estar por encima de ella, y en nombre, además, de la lengua de madera y la repetición encrática de los *slogans*, se produjo, en 1968, la invasión de Checoslovaquia y la matanza de Tlatelolco en México.

En el tiempo histórico de la búsqueda de la libertad —*la inteligencia al poder y haz el amor y no la guerra*—, Breznev innovaba el lenguaje de la improbabilidad sociológica con la mercancía del legitimismo: *la soberanía limitada*. (En 1968, Tlatelolco fue enterrado por el mundial deportivo y en 1985 el terremoto será enterrado, en piezas arqueológicas para un museo, por el mundial de fútbol).

La disuasión del terror atómico y la disuasión justa negociaban, no obstante, los fundamentos de las esferas de influencia en el cuadro de dos creencias sobrenaturales: la utopía estadounidense sobre el bien y la utopía soviética sobre el bienestar universal. La mitad del mundo rechazaba y rechaza hoy las dos utopías y De Gaulle mismo inventaría una relación particular y especial, como el amor a la francesa, con la OTAN.

Francia, con unos misiles domésticos (la bomba atómica es francesa desde el 13 de octubre de 1960), jugaba a la profecía: *una force de frappe* propia sin el sombrero nuclear de Estados Unidos.

Inglaterra, más discreta (De Gaulle es impensable en el pensamiento británico), tenía también su bomba atómica (desde el 3 de octubre de 1952), pero sin salirse de la cesta norteamericana de *la proliferación es mi derecho; no el de los demás*.

No obstante, la presión del mundo y el temor del mundo obligaron, en 1963, a la firma del Tratado sobre la Prohibición Limitada de Pruebas y, en 1972, al primer tratado SALT.

Negociación y lucha, orden supranacional de los dos poderes y anarquía barroca de los pueblos guerrilleros —el gaullismo a otra escala— estableciendo los nuevos mecanismos del poder mundial.

Lo revelaba, al tiempo, el doble estallido de dos hechos universales de geometría, quizá, variable: *el choque del petróleo en 1973 y la declaración sobre el Nuevo Orden Económico Mundial en 1974*. Los dos hechos conformaron elementos, dispersos y heterogéneos, acaso, de la misma realidad ideológica. Los resultados son, ahora, otros muy distintos que los pensados. Su naturaleza real, objetiva, no es disociable *de la guerra económica a escala*.

En efecto, el 6 de octubre de 1973, sábado de Dios, día del Yom Kippur (día del Gran Perdón), Israel dormía y soñaba, acaso, con el Muro de las Lamentaciones y la paz eterna. Releo, en la memoria y en la vida, un libro sobrecogedor: *Souvenirs obscurs de un juif polonais né en France*. El libro es de Pierre Goldman. Vida trágica. ¿No lo es la del pueblo judío?

Los rabinos —afirmaba Pierre Goldman— *enseñaban a los judíos a no rebelarse contra su suerte porque Dios sabía lo que hacía. Y yo puedo decir que para los grandes rabinos dogmáticos el* Holocausto *ha debido ser muy duro de explicar. Y, en aquellos momentos, ciertos judíos habían enloquecido porque, normalmente, la tesis rabínica debía ser que el Holocausto era el castigo de Dios. Sin embargo, la tendencia general de los judíos ha consistido en ver Auschwitz, al contrario, como el fracaso de la religión judía… Mi padre me ha explicado que el judío barbudo, dedicado a un trabajo intelectual y que era escupido por un cosaco, no quedaba, por ello,*

totalmente humillado. Despreciaba profundamente al cosaco. Tenía una conciencia terrible de superioridad. En la religión judía, preciso es decirlo, hay un total desprecio por los otros…

Unos días después de esta entrevista en *Le Monde*, Pierre Goldman, oscuro y dramático personaje, desesperado y violento, un violento, decía el mismo, que odiaba la violencia, fue asesinado.

El sábado 6 de octubre de 1973, el día del Gran Perdón, el día del Yom Kippur, el servicio de vigilancia de Estados Unidos —aire-espacio-tierra-satélites— comunicaba a un Tel-Aviv hundido en su nirvana de evasión y religiosidad, que Israel podía ser atacado a las seis de la tarde.

Egipto y Siria desencadenaron la guerra —agrega Patrick H. Mercillon en *Ismael-Israel—, de la misma manera que Israel en 1967: mintiendo. El Cairo hizo saber que sufría violentos ataques navales y Damasco que hacia frente a una importante ofensiva aérea de Israel en el Golan y que sus fuerzas contraatacaban ya…*

Israel, ese día, fue sacudido por la sorpresa. Esa fue la verdad. *En La Habana* —decía Pierre Goldman— *yo me quedé asombrado y dolido al leer que un líder de los Panteras Negras afirmaba que nosotros no nos dejaremos exterminar como unos corderos, como unos judíos… Los judíos no se han dejado exterminar así, totalmente, pero la defensa y la insurrección son muy difíciles para una minoría. Un pueblo con una estructura nacional puede defenderse, ese es el discurso preferido de los sionistas, pero no una minoría. Entre los judíos el grado del pasaje al acto, a la actividad combativa ha ocurrido lo mismo que en los otros pueblos…*

El 6 de octubre los egipcios cruzaron el Canal y entraron con facilidad en zona israelita. En el Golan sirio el desencadenamiento de la ofensiva árabe corría (por vez primera desde el origen, es decir, desde la guerra de 1948) con el mismo éxito. Centenares de tanques cruzaban la frontera. Nadie sabía aún que iba a ser la guerra de los blindados.

Abdel-Aziz, creador del reino de Arabia Saudita (Izquierda).
Faysal ibn Abdel-Aziz (Derecha).

El petróleo constituye la gran riqueza de Arabia Saudita.

El domingo 7 fue el segundo día. Pero el domingo 14 y el lunes 15 las tropas de Israel estaban a 35 kilómetros de Damasco y, en Egipto, las divisiones del general Sharon, después de atravesar el Canal el día 18, se encaminaban hacia El Cairo. Gamal Abdel Nasser fue, una vez más, derrotado. En su mesa de trabajo, bajo un sol de fuego, un despacho de su Estado Mayor le comunicaba una verdad dura: *Ha caído Ismailia*.

El lunes 22 la ONU impuso el alto el fuego. Las tropas de Israel tenían ya ante los ojos la ciudad de Suez. ¿Se iba a permitir la caída de Egipto y el desfondamiento del mundo árabe? ¿Qué suerte de equilibrio mundial quedaría en pie después? Era, indispensablemente, un acuerdo, un convenio que salvara el honor de cada parte para buscar, en el futuro, algo más que la pura seguridad fronteriza.

Nadie quería ni *un vencedor ni un vencido. En realidad se combatía con las armas de los otros. Las guerras locales de la descolonización han sido y son, todavía, las guerras mundiales (a escala de las regiones en crisis) que paralizó la bomba atómica.*

El día 16 de octubre de 1973 fue martes. En esa jornada histórica el ejército egipcio retrocedía en todos los frentes. Duro golpe después de la miel dorada de su única victoria en todas las guerras habidas contra Israel.

El martes 16 de octubre de 1973 los países de la OPEP daban a luz el mayor acontecimiento energético del siglo del petróleo: condenar, de un lado, a Estados Unidos y los países occidentales que ayudaban a Israel y subir, del otro, los precios del petróleo.

El 1 de octubre de aquel año el crudo ligero de Ras Tañara se había cotizado a 3,011 dólares barril, el 16 se pagó a 5,11 dólares y el 1 de enero de 1974 a 11,65 dólares. Una revolución. Sobre todo, como se sabe, porque los países de la OPEP (con el pretexto de la guerra del Yom Kippur) tomaron decisiones por sí mismos y, en el cuadro de una guerra sorpresiva, dejaron en la trastienda de la historia a las viejas compañías multinacionales.

Las *siete hermanas* de la colonización empezaron a morir ese día. Claro está que inventaron otras *resurrecciones*, pero su poder autónomo, por encima de los Estados terminó. No, claro está, el poder y el poder del cambio tecnológico, que es otra cosa.

De todas las maneras, octubre de 1973 fue un mes aleccionador. En ese mes, por vez primera desde 1948, Israel dormía —no se puede vivir en estado de ballesta permanente— *y los países-pozos-de-petróleo aspiraban a convertirse en naciones. La OECD, que en 1973 había pagado una factura total, por petróleo, de 33. 796 millones de dólares, la vio crecer a 97.802 millones en 1975 y a 286.809 en 1980*. Desde entonces, por supuesto, ha sido la cuenta atrás: *la contra-ofensiva del mundo industrializado. Hoy es, casi, la disolución de la OPEP*.

El *choque del petróleo* produjo entonces una conmoción. La OPEP, además de subir los precios autónomamente, creó las

condiciones económicas adecuadas para suscitar en unos años un inmenso superávit. Con ese superávit compraron a las *siete hermanas —enriqueciéndolas de nuevo*— sus bienes y nacionalizaron sus recursos naturales no renovables. Era, en la apariencia, un cambio del mundo. La OPEP había anunciado también la reducción de la producción para… castigar a los aliados de Israel.

Yo me reunía en Caracas con el padre de la OPEP, el fauno y fáustico doctor Juan Pablo Pérez Alfonso. Predecía el futuro. *Hemos abierto el porvenir* —me decía— *sin las llaves del reino. ¿Dónde está la reducción de la producción de crudo? ¿Dónde?* En su jardín casi selvático —estaba en su época ecológica de sabio viviendo en la Naturaleza— me empujaba al rigor, a las cifras exactas: *¿Dónde está la reducción? Estamos produciendo más que nunca. No se puede hacer una estrategia con mentiras…*

Pérez Alfonso y Josué de Castro me han parecido siempre dos enormes animales culturales (ocasionalmente lanzados a la política porque la política era el espacio de la acción), cuya biografía profunda queda aún por hacer. En Río de Janeiro he hablado de ello con la viuda y los hijos de Josué de Castro. El autor de *La Geopolítica del Hambre* sigue siendo, en el fondo, un gran desconocido. Juan Pablo Pérez Alfonso tenía, a su vez, la razón de la utopía.

En efecto, en 1972 (el año antes del choque petrolero) la producción de crudo de la OPEP fue de 27 millones de barriles diarios: *en 1973 de 30,9 millones y en 1974 de 30,7*. Todavía en 1977 (en julio de 1977 el crudo ligero árabe de Ras Tañara se cotizaba a 13 dólares, es decir, a algo más de cuatro veces que el 1 de octubre de 1973) la producción de la OPEP fue de 31,2 millones de barriles diarios. En otras palabras, la ofensiva de la OPEP (como la ofensiva de Egipto y Siria el día de Yom Kippur) no era una estrategia, *sino un sentimiento. Acaso una carencia. Eso está claro hoy*.

Yamani, ex ministro del petróleo de Arabia Saudita (primero por la derecha), *figura destacada de la OPEP en la última década.*

No obstante, el choque del petróleo encendía una nueva hoguera: la guerra económica; la guerra como totalidad histórica en el campo de la energía. En el fondo porque, hasta entonces, los países productores de petróleo del Tercer Mundo no fueron otra cosa que depósito para el pillaje. De repente pasaron a ser *una factura a pagar*.

El problema de Israel y el del mundo árabe sufría, sin saberse bien y sin expresarse bien, una mutación. En última instancia la relación dialéctica entre productores (con los precios impuestos desde el sistema multinacional) y consumidores se modificaba.

De la misma forma iba a sufrir una transformación inusitada el tema mismo de la violencia. La confrontación entre Israel y la OLP, por ejemplo, consistía en la racionalización, desde dos opuestos, del terrorismo como *arma-y-conciencia*. Ni Israel ni la OPEP podrán suponer que la secularización objetiva de su doble terrorismo

político sería superada por los profetas de la violencia religiosa: *los hombres-bomba; los incendiarios de Dios*.

Quede dicho, atisbado como sujeto que ilumina la diáspora con el choque, en el interior del islamismo, de las facciones que no aspiran a *la liberación, sino a liberarse a si mismos, como grupos o individuos, por vía de la catarsis radical del terrorismo mesiánico. Aquí estamos ya ante otra cosa*.

La verdad es, no obstante, que la factura del *nuevo* petróleo nacional —frente al petróleo multinacional— implicó la ratificación de una crisis histórica: la de las materias primas frente a los productos industriales. Esa relación desigual, *¿era o es para siempre?*

Nuevo orden económico

En 1974 las Naciones Unidas respondían, claramente unánimes, señalando que no debía ser así ni era sí. El *détonateur* de la nueva reflexión, subrayaba Daniel Colard, fue el *golpe de Estado petrolero y la crisis de la energía*.

Para Daniel Colard (*Vers l'établissement d'un Nouvel Ordre Economique International*, La Documentation Française), *el 16 de octubre es una fecha que los estudiantes del año 2000 aprenderán, seguramente, en los manuales. Es la tormenta* —decía— *que va a trastornar la economía mundial. Una especie de Bandung económico que continúa el Bandung político de 1955 y que traduce el ascenso, en términos de potencia del Tercer Mundo en el escenario internacional…*

Proporciono ese texto aleccionador por sus enormes errores; por su percepción idealista y subjetiva de los hechos. La verdad es lo contrario: jamás una materia prima (desde el oro al petróleo) ha transformado *la situación material objetiva del pueblo productor del oro o del petróleo*. Una materia prima puede tener un precio u otro, pero su importancia fundamental radica en *la historia de su transformación*.

El oro de las Américas paralizó el desarrollo crítico y el desarrollo material de España (no el de los países occidentales, que *lo usaron* para hacer posible la Revolución Industrial) y el oro negro no ha generado en ninguno de los países productores la innovación y el cambio, *sino el saqueo, la acumulación primitiva en la etapa tecnológica y científica del capitalismo*. Es ostensible que el petróleo es uno de los más poderosos instrumentos de multiplicación de posibilidades del mundo contemporáneo. Pero sólo para los países que lo han utilizado como factor de multiplicación industrial.

De todas maneras, en 1974, *la crisis*, pese a sus limitaciones estructurales (porque la división internacional del trabajo no se había

modificado) planteó una hipótesis nueva de la economía mundial. Se diseñó *el escenario, en suma, para otra idea del desarrollo*.

La decisión se adoptó, plenariamente, el 1 de mayo de 1974. En esa jornada las Naciones Unidas produjeron un texto histórico: *el texto que preveía, sin más, angélicamente, la instauración de un Nuevo Orden Económico*.

El texto retenía, como centros dialécticos, dos dimensiones: *primo*, la condena inequívoca del orden anterior (el *Ancien Régime* económico, si se me permite decirlo así) y, *secundo*, la proclamación de las bases para un ajuste más equitativo del mundo.

Entre las zonas de mayor crecimiento demográfico se encuentran Centroamérica (izquierda) *y el Próximo Oriente* (derecha).

El *Nuevo Régimen* constataba el fracaso del sistema económico internacional vigente y auspiciaba las vías para un desarrollo *armonioso y equilibrado* entre el Norte y el Sur. En otras palabras, ¿qué sentido tenía la descolonización —la gran empresa humanística y política de la década de los años sesenta— si persistía, acrecentada, la desigualdad? ¿Si se profundizaban los desequilibrios tecnológicos, científicos y materiales?

En suma, *el orden económico actual está en contradicción directa* —decían las Naciones Unidas—, *con la evolución de las relaciones políticas y económicas del mundo contemporáneo*.

Frase magnífica; frase peligrosamente idealista y fragmentaria, porque el *cambio* generado por el *choque del petróleo* no representaba, como totalidad histórica, una modificación decisiva en las relaciones internacionales. De una parte, cuestión capital, los países industrializados, proyectados tecnológicamente hacia nuevas formas de energía, *necesitaban y requerían precios más altos para el petróleo si aspiraban a industrializar, y ello suponía costos más altos, otras formas de energía*. El petróleo del mar del Norte, por ejemplo, con *costos de extracción* no inferiores a los 12 dólares (en los pozos iniciales y ahora en los nuevos con costos entre 15-16 dólares), hubiera sido impensable si el precio de referencia hubiera sido el precio (no el costo) de crudo ligero árabe de 1972: *2,47 dólares barril*.

Por otro lado, y segundo supuesto, los países petroleros eran países de desarrollo material (moderno o industrial) mínimo y, por tanto, no podían ni absorber ni invertir (por ausencia de verdaderas estructuras económicas receptivas) *la masa repentina de los recursos petroleros suscitados por los nuevos precios*.

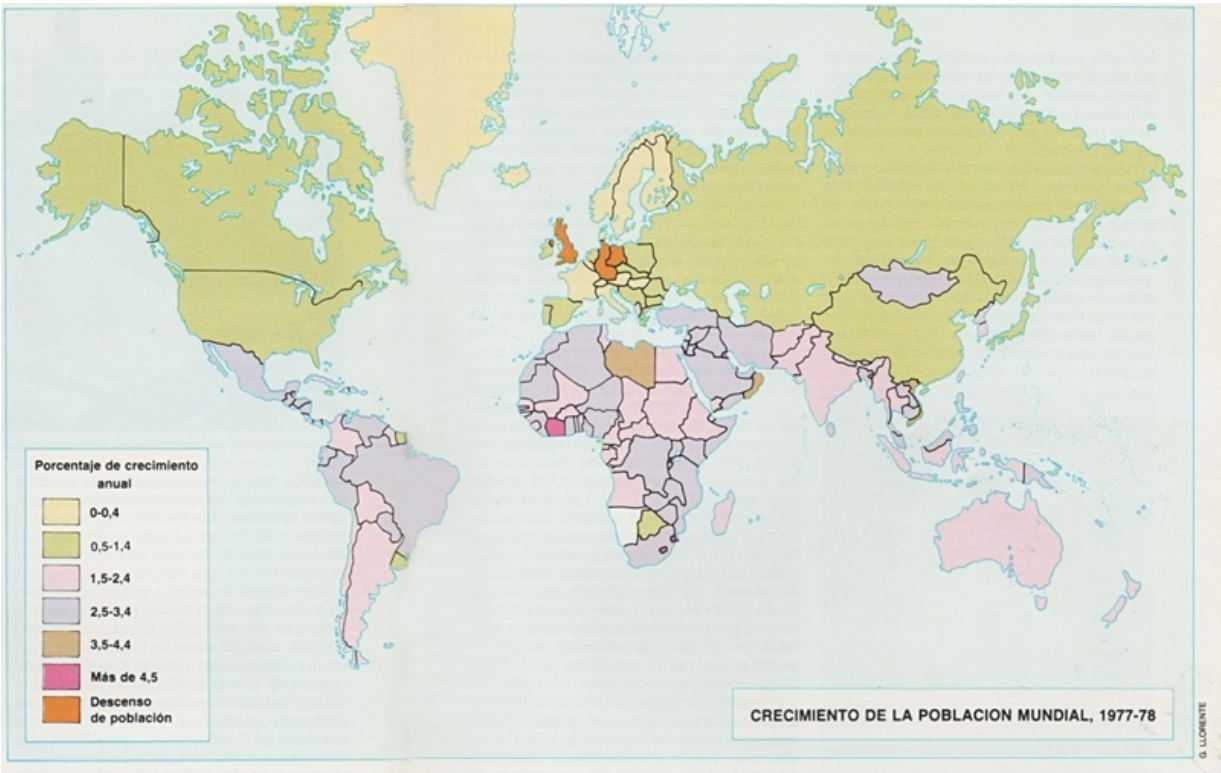
Consecuencia de esa realidad estructural fue el excedente financiero de la OPEP. Ese excedente se *recicló*, en su mayor parte, en el sistema bancario e institucional del mundo occidental y, por si ello fuera poco, los países *pozos-de-petróleo* se convirtieron en gigantescas *sociedades compradoras* (lo cual no quiere decir necesariamente productivas), de forma que las importaciones totales de la OPEP pasaron de 20.526 millones de dólares en 1973 a 133.013 millones en 1980.

INGRESOS PETROLEROS DE LA OPEP POR EXPORTACIONES

Años	Millones de dólares por petróleo	% del total de exportaciones de la OPEP
1963	7.031	79,3
1973	35.961	88,6
1975	105.996	95,0
1977	139.773	93,9
1979	197.149	93,1
1980	281.586	94,1
1981	260.947	93,9
1982	204.120	92,4
1983	162.787	90,2
1984[*]	154.000	—

Fuente: OPEP

Ese año fue el del techo máximo de ingresos de la OPEP. Sin embargo, el *dinamismo comprador* se mantuvo y aceleró en los años siguientes, que eran ya los de la baja generalizada. En efecto, en 1981 las importaciones de la OPEP ascendieron a 156.754 millones de dólares; a 166.456 en 1982. En términos estrictos de cuenta corriente (servicios, fletes, exportación de capitales, etcétera) los países de la OPEP pasaron a ser países deficitarios.



Lección magistral del subdesarrollo. Por un lado financiaban el sistema bancario occidental (reduciendo, en lo red, *la factura del petróleo*) y, de otro, proporcionaban *recursos financieros frescos a la red bancaria y financiera de Occidente*. Recursos, como bien se sabe, que sirvieron, sin tasa, para los préstamos internacionales, de nuevo al Tercer Mundo, pero con intereses cada vez más altos y más complicados. Todo ello, por lo demás, vinculado al acrecentado incremento de las compras de productos industriales, con alto valor

añadido, en los países clientes, es decir, en los países consumidores de su petróleo.

Por si ello fuera poco, la contraofensiva de los grandes consumidores se ha realizado, dinámicamente, en dos frentes activos: *el del ahorro* —sólo los ricos ahorran no sólo porque son ricos, sino porque el desperdicio *no es un efecto de demostración* como en los países pobres— *y el de la eficiencia* en el uso de la energía.

Entre 1973 y 1983, Estados Unidos, principal devorador de energía del mundo (con el 5 por 100 de la población de la Tierra consume el 30 por 100 de la energía comercializada producida en la Tierra), logró cambios extraordinarios. *En efecto, para producir un dólar de PNB, Estados Unidos consume hoy un 28 por 100 menos de energía total que en 1970 y un 31,3 por 100 menos en lo que se refiere al petróleo. Esa revolución en términos de eficiencia en el uso de la energía fue acompañada, además, por el ahorro obligado por la recesión económica. El resultado fue una mutación que devolvió el mango de la sartén a los consumidores y no a los productores, altamente desperdiciadores de recursos. No hablemos, obviamente, de la corrupción, que llegó, en múltiples casos, a extremos increíbles*.

Al igual que Estados Unidos, el uso eficiente de la energía en los grandes países industrializados ha significado cifras equivalentes a las de Estados Unidos. Una revolución que, en muchos aspectos, está en sus comienzos.

Como consecuencia, *las exportaciones de crudo* de los países de la OPEP, que supusieron 27,5 millones de barriles diarios en 1973 y 22,8 millones en 1980, descendieron ya a 12,2 millones en 1983.

Las esperanzas puestas, por tanto, en el Nuevo Orden Económico Internacional no tuvieron la significación que se esperaba después del *coup d'Etat pétrolier* (como decía Daniel Colard) de 1973. El *choque energético*, en otras palabras, había generado reacciones complejas y, en la fase de los precios altos *se*

propició el acceso competitivo a los mercados mundiales de Inglaterra, Noruega, México y la Unión Soviética, por citar los casos más notorios y relevantes.

La Unión Soviética, requiriendo ingresos directos de *divisas fuertes*, se ha convertido en un importantísimo exportador relativo, como México, Inglaterra o Noruega. Dada la extraordinaria contracción del mercado internacional, esos productores *periféricos* (y en gran parte altamente industrializados y con intereses históricos comunes, inclusive la Unión Soviética que hace los oleoductos y los gasoductos pensando en los espacios sociales altamente desarrollados y no al revés) han modificado la correlación de fuerzas tradicionales y las perspectivas de un mercado a la baja. Sin ellos, es decir, sin negociar con ellos, la OPEP no tiene opción.

Por otra parte, los *mercados latentes* aparecen día a día y, por consiguiente, la producción total de los 13 países de la OPEP ha pasado de 30,9 millones de barriles diarios en 1973 a 16,5 en 1984. *Cambio brutal que certifica, con la caída de los precios y el endeudamiento gigantesco del Tercer Mundo, las dimensiones de la crisis contemporánea*.

La lucha, el combate por el Nuevo Orden Económico Internacional tuvo un momento clave: el episodio por la aprobación de uno de los instrumentos auspiciados por la Declaración sobre el Nuevo Orden Económico. Me refiero, claro está, a la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados.

El 12 de diciembre de 1974, la Asamblea General de las Naciones Unidas, después del obstinado, apasionante y notable papel de México y el presidente Echeverría en su redacción y negociación, fue aprobada por 120 países, con 10 abstenciones y seis votos en contra. Estos votos en contra no eran, de manera alguna, desdeñables. Eran los de Estados Unidos, Inglaterra, Alemania Federal, Bélgica, Dinamarca y Luxemburgo. De los *siete grandes* del capitalismo contemporáneo votaron en favor de la Carta de Derechos y Deberes Japón, Francia y Canadá.

Lo grave no era el voto en contra, sino el hecho de que la crisis económica mundial —convertida en una *guerra económica de desgaste*— ha modificado todas las reglas del juego. Por tanto, la empresa en favor de una verdadera mutación en los comportamientos internacionales dejó el campo libre al egoísmo nacional y, sobremanera, a la ley del más fuerte. Es cierto, cabe decirlo, *que la demagogia, el voluntarismo, la simplificación tercermundista, en el peor sentido*, convirtieron gran parte de los foros de negociación en simples espacios para la predicación ideológica con olvido —dentro y fuera— de la fundamentación misma del proceso y del debate.

Así, a 14 años de la Declaración del Nuevo Orden Económico Mundial —cuando se publique este trabajo—, sus fantasmas ideológicos perturban, pero no han alterado, la gran asimetría histórica: no clase contra clase, sino potencias contra potencias. Potencias que eligen a los *guerreros locales* —con las armas de la revolución científico-tecnológica— *como campo de experiencia*.

El Tercer Mundo, con su *doble discurso* permanente, petrifica las posiciones. De un lado, como es sabido, la retórica contra el imperialismo, y del otro, su tácito acuerdo, bajo la mesa, con los poderes. Esto así porque lo verdaderamente cierto *del Sur es su Norte interior*. Norte que imita, reproduce y decanta, a través de sus clases dominantes opresoras, el Norte expansivo. Crisis explosiva —de alcance moral en el fondo— en todo el Tercer Mundo.

Bibliografía

Aguirre, M., y Montes, A., *De Bolívar al Frente Polisario. Antología del pensamiento antiimperialista latinoamericano*, Madrid, De la Torre, 1979. Bairoch, P., *El Tercer Mundo en la encrucijada*, Madrid, Alianza, 1986. Benz, W., y Graml, H., *Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*, Madrid, Siglo XXI, 1982. Cabrera, M. A., *Armas, conflictos, guerras contra el Tercer Mundo*, Madrid, Iepala, 1985. Castro, J. de, *Geografía del hambre*, Madrid, Cid, 1966. Dumont, R., *Campesinos, una clase condenada*, Caracas, Monte Avila, 1975. Estefania, J., *La Trilateral*, Madrid, Akal, 1979. Fanon, F., *Los condenados de la tierra México*, FCE, 1965. Gendarme, R., *La pobreza de las naciones*, Madrid, BOE, 1967. Lacouture, J., y Baumier, J., *Países del Tercer Mundo*, Madrid, Cid, 1963. Rodinson, M., *Los árabes*, Madrid, Siglo XXI, 1981. Ruiz García, E., *El Tercer Mundo*, Madrid, Alianza, 1967. Sampson, A., *Las siete hermanas*, Barcelona, Grijalbo, 1981. Tenaille, F., *Las 56 Áfricas*, Madrid, Siglo XXI, 1981. Varios, *Los límites del crecimiento*, México. FCE, 1975. Varios, *Los países liberados: particularidades y desarrollo*, Moscú, Academia Ciencias URSS, 1981.

Notas

[*] Datos provisionales. **<<**